

atenciones, aquí toda vuestra ponderacion, y aquí toda vuestra ternura. ¿Quánta sería la honra, y la gloria que le ofreció á Dios un San Vicente Ferrer, que convirtió doscientos y cinquenta mil Judíos, ciento y ochenta mil Moros? Quánta sería la honra que le hizo á Dios un San Francisco Xavier, que bautizó un millon, y doscientas mil almas? Quánta sería la honra que le ofrecieron á Dios todos los doce Apóstoles, y los setenta y dos Discipulos, que derramaron las luces de la Fé por todo el mundo? Pues toda esa honra junta, ni con infinita distancia no llega á la honra que se le ofrece á Dios en una sola Misa. Pues añadamos mas: ¿Quánta será la honra que le han hecho á Dios derramando su sangre, dando sus vidas entre tan atroces tormentos, tantos millones de Santos Martyres? Quánta la honra que le han hecho tantos Santos Confesores, y Virgenes, yá desgarrados á penitencias, yá consumidos á ayunos, yá abrasados, y extáticos en contemplacion fervorosa? Pues aun no alcanza toda esa honra á la que en una sola Misa se ofrece á Dios. Pues aumentemos mas: ¿Quánta será la honra que tantos millares de millares de Angeles han hecho á su Magestad, sin cesar un punto de alabarla? Quánta la que todos los Bienaventurados juntos le están haciendo, sin dexar un punto de amarle con un amor beatífico, y en el superior grado intenso? Y sobre todo, quánta será la honra, y la gloria que á Dios le ha dado María Santísima, yá en la tierra, con tantos méritos como vivió instantes, y yá en el Cielo con excesos de gloria, que aventajan á todas las criaturas? Pues toda esa honra, aunque se junte toda, aunque se multiplicaran, de tantos como ahora hay Bienaventurados, otros tantos millones de millones: aunque se aumentaran millones de criaturas, que cada una fuera tan abysmada en perfecciones, como María Santísima; todas no llegarían nunca á la honra, y á la gloria que se le ofrece á Dios en una sola Misa. Y la razon de esta verdad, no es menos que de Fé; porque siendo el mismo Hijo de Dios el que en la Misa se ofrece como víctima á la Santísima Trinidad, todas las honras, alabanzas, y glorias, que le pueden ofrecer todas las criaturas juntas por toda la eternidad, no llegan, ni pueden igualar jamás á un acto solo de amor de nuestra Vida Christo, que dignificado de su Divinidad, ese solo acto es de valor, y precio infinito: ¿Pues de quánto será aquel Sacrificio, en que no un acto solo, sino todo Christo se humilla, se ofrece, y adora á la Santísima Trinidad todo quanto ella es adorable, y le ofrece una honra tan infinita, que se iguala á toda la inmenidad de su grandeza?

Por eso, aun los yá Bienaventurados adoran, y reverencian este Divino Sacrificio. El V.P. Pedro Saavedra, de nuestra Compañía, (Haut. á n. 1069.) siempre que oía Misa en el Sepulcro de S. Diego de Alcalá, al querer alzar la Hostia, oía ruido dentro de la caja, como que el santo cuerpo se

levantaba á adorar al Señor. El B. Fray Mauricio Ungaro, Dominicano, estandole celebrando sus exequias, y puesto su santo cadaver en medio de la Capilla Mayor, al alzar la Hostia, con pasmo, y admiracion de todos, abrió los ojos el cadaver, y los fixó en ella. Cerrólos, y al alzar el Caliz, volvió á abrirlos, y cerrólos otra vez luego, dexando á los circunstantes atonitos. En Napoles, donde en una ampollita se guarda una poca de sangre de San Estevan Protomartyr, (*idem* 595.) estando ésta tan endurecida como una piedra, en poniendola en el Altar, al decirse la Misa, se derrite, se regala, e hierva, como si estuviera fresca. Mas: En Midelburg, havendose convertido con estupendo prodigio una Forma consagrada en carne fresca, y hermosa, despues de otras maravillas, trasladandola en procesion á la Ciudad de Colonia, para colocarla en su célebre Relicario, al entrar en la Iglesia, viendolo todo el concurso, todas las Reliquias de varios Santos, que estaban puestas en el Altar, sin que las llegara mano, todas se retiraron, dexando defocupado el principal lugar, á la que veian entrar de su Supremo Rey. No paró en eso la maravilla, sino que havendola yá colocado, volvieron todas aquellas á hacerle por repetidas veces profunda inclinacion. ¿Mas qué mucho, que así todos los Santos se postren á su presencia, si la Reyna de todos María Santísima baxa desde su Trono á servirle humilde en su Soberano Sacrificio? Así lo vió la B. Beneventa Dominicana: Vió, digo, al oír Misa, que baxando acompañada de Angeles la Santísima Virgen, por sí misma la Señora, con profunda humildad, y reverencia sirvió al Sacerdote, y dando luego por su mano purísima el lavatorio á los que comulgaban, á cada uno le iba haciendo reverencia baxando la cabeza. ¡Oh, almas! Pues si así á este Sacrificio soberano cede todo el Cielo, ¿quién habrá que no procure participar en hacerle á Dios una honra tan infinita, ó con decir la Misa, ó con mandarla decir, ó con asistirle, y oírle devoto? Lograrémos, pues, quanto es de nuestra parte este tesoro inmenso, si al empezar la Misa presentes, con todo el afecto de nuestro corazon á aquel Trono Supremo de la Santísima Trinidad, le ofrecieremos así nuestros afectos. ¡Oh, Soberano Dios, y Señor absoluto de todas las criaturas! Veo bien, y conozco quantas son las obligaciones que debo á tu inmensa liberalidad; pero siendo mi pobreza tan suma, siendo todo mi sér nada en tu presencia; he aquí, Señor, que te ofrezco á tu mismo Hijo, tan verdadero Dios, como lo eres tú; con todo su precio, que es infinito, te correspondo á lo infinito, que te debo; con todo un Dios, que es mi fiador, te pago mis deudas; y pues no puede dexar de agradarte esta ofrenda de tu Hijo: todo mi corazon junto á sus méritos infinitos; todos mis deseos los uno con el valor de su Cuerpo, y de su Sangre, y todo quanto soy lo consagro con tu Hijo á tu honra, á tu alabanza, y á tu Gloria.

## PLATICA XXIV.

COMO EL SOBERANO SACRIFICIO de la Misa es juntamente representacion del sangriento, y ternísimo Sacrificio de la Cruz.

A 5. de Julio de 1691.

UN Gigante dormido despertó en la antigüedad toda la admiracion: postrado él por la tierra, levantó sobre sí mas que Gigantes los aplausos; y cerrados los ojos al sueño, le hizo tener abiertos todos sus ojos á la atencion. Idéa fue de Timantes, Pintor de grande nombre, retratar así dormido al Ciclope, mostrando con su pincel, que si aquel puesto en pie, no havia quien alcanzara á tantear los tamaños de su altura, tendido en la tierra, ni aun medidas havia que bastasen á su grandeza. Y por eso, así tendido al sueño el Gigantazo, le pintó á la redonda muchos Enanos, que con una caña muy solícitos, y diligentes por medirlo, empezando á varear por los pies, por mas prisa que se daban, aún no acababan de llegar á la cabeza. ¡Bien pintada exageracion! pero solo pintada. ¡Oh, Cathólicos, y quánto tenemos que admirarnos hoy en una imagen viva, en un retrato animado, y en una pintura, que nos pone delante á su mismo original! Eso es el Santo Sacrificio de la Misa, es un retrato que nos acuerda el mismo Original Divino que nos dá. Es una imagen que nos representa al mismo Christo, y es juntamente el mismo Christo, que en esa imagen se nos representa. ¿Mas para qué así, siendo el mismo Christo el que tenemos en la Misa, quiere juntamente ser de sí mismo una representacion, y una imagen? Saben para qué? Para que probemos así, á vér si podemos medir lo inmenso de sus finezas. Coged, pues, en la mano la Vara de la Cruz, y mirad, Fieles, si con esa Cruz podéis medir la grandeza infinita de este Gigante Dios, quando mas humillado, quando mas abatido está en ella por no nosotros, yá no dormido, sino muerto. ¡Oh, Jesus de mi vida! Y quién habrá, por los tamaños de la Cruz acierte á medir quanta fue de tu amor la grandeza? Enanos se quedan aquí aun los mas altos Serafines. Pues esa medida sin medida de la fineza de Dios en su Pasion, y Muerte, es la que nos representa, y la que nos acuerda el mismo Señor en este su incruento Sacrificio, para que así conozca quanta es su obligacion nuestro debido agradecimiento.

Esto es, pues, lo que se nos quedó para hoy en tres palabras de la respuesta pasada. *Misa*, nos dixo el Catecismo, *es un Sacrificio que se hace de Christo*. Hasta aquí explicamos, y añade: *T una representacion de su vida, y de su muerte*.

De modo, que siendo el mismo Christo el que real, y verdaderamente se ofrece por nosotros en el Sacrificio Santo del Altar; es representacion con que nos acuerda el Sacrificio que ofreció por nosotros en la Cruz. Uno, y otro tenemos que atender. Confiese, y adore nuestra Fé, que es el mismo Hijo de Dios el que en la Misa se está ofreciendo por nosotros; pero juntamente nuestra memoria ha de tener á la vista el agradecimiento, el amor en aquel Sacrificio sangriento, en que por nosotros se ofreció, dando su vida entre tan terribles tormentos. Y así, siendo el mismo Christo el que en el Altar se ofrece, es tambien representacion, imagen, y retrato de sí mismo, como se ofreció en el Calvario. Esta memoria es la que nos pide por paga de tan indecible fineza: este recuerdo nos intimá por retorno de un beneficio tan infinito. (*Luc. 22.*) *Hoc facite in meam commemorationem*.

Pero antes que pasemos, oygo yá que me proponen una duda, y es, que el retrato es siempre cosa distinta de su original: el retrato de el Rey no es el mismo Rey, y vá de uno á otro, lo que vá de lo vivo á lo pintado: pues si el Sacrificio de la Misa es una representacion, y un retrato del Sacrificio que nuestra Vida Christo ofreció por nosotros en la Cruz: ¿cómo puede ser en la Misa el mismo Christo el que se ofrece? que eso sería ser el mismo Christo retrato de sí mismo. Así es, no hay duda: explícome con este exemplo. Ahí anda una Comedia, que se intitula: La mayor hazaña de el Emperador Carlos V. Es toda ella una historia de aquella generosa renuncia que hizo de la Corona, y de el Imperio, para tratar de morir: cosa bien sabida. Hacen ahora esa Comedia. Y qué es esto? preguntó. Es una representacion no mas de lo que aquel Emperador hizo. Es verdad; pero añado: Y si aquel Emperador viviera ahora, y él mismo por su persona quisiera salir á representar su papel; si así lo hiciera, fuera esa sola representacion? No: uno, y otro tuviera. Fuera representacion, y fuera realidad. Realidad, porque era el mismo Carlos V. por su propia persona el que salía. Y representacion, porque él mismo representaba aquella heroyca accion que antes hizo. Pues atendamos yá.

La mayor hazaña de el mayor Emperador de el Cielo, es la que en la Misa nos representa él mismo. Tal fue el amor de nuestro Dios, ponderan graves Padres, que así como para nuestro remedio estuvo por tres horas pendiente de la Cruz, si huviera sido menester para remediarnos estar en ella así clavado, sin cesar un punto solo de padecer, hasta el fin del mundo, lo huviera hecho. Mas porque ni esto fue necesario, ni conveniente á los designios de la Divina Providencia, que hizo este Amante Divino para satisfacer á su amor? Halló este modo prodigioso con que quedarle con nosotros en la tierra, continuando por instantes en el Sacrificio del Altar aquel admirable Sacrificio de la Cruz. Pero de modo, que yá

sin poder padecer la muerte, repitíese su fineza, representando, sin derramar la Sangre, aquel sangriento Sacrificio. Así, pues, oyentes míos, es en la Misa el mismo Christo el que en la realidad se ofrece, como se ofreció en la Cruz; pero es también representación; porque nos acuerda los tormentos, los dolores, la sangre, y la muerte, que allí padeció. En el Sacrificio de la Cruz se ofreció por nosotros perdiendo la vida. Pues esto representa en el Sacrificio del Altar, perdiendo, no ya la vida, que no puede, sino el ser Sacramental que allí adquiere. En la Cruz fue él por sí mismo el Sacerdote que se ofreció al Eterno Padre; pues esto representa en el Altar, ofreciéndose à sí mismo de nuevo, pero por mano de los Sacerdotes. Oh, representación admirable, que así se junta con su misma realidad! Y siendo en la Cruz, y en el Altar una misma la víctima, uno mismo el Hijo de Dios, que por nosotros se ofrece, solo se distingue en el admirable modo con que en el Altar se nos representa: *Una enim, eademque est Hostia*, nos dice el Santo Concilio de Trento, (*Seff. 22. c. 2.*) *sola offerendi rationi diversa*.

Yá, pues, oyentes míos, si al vér representar una fabula, una ficción, una mentira en una Comedia, sin irnos nada, ò nos mueve à lástima la desgracia, ò nos irrita à cólera la finrazon, ò nos alegra el escape del enredo, ò nos pesa del mal suceso, siendo al cabo todo un engaño, una mentira, una farsa, y una papelera: cuáles son nuestros sentimientos, Cathólicos, al vér con los ojos de la Fé, y al asistir à esta representación Soberana, con que en la Misa se nos representa el acto mas lastimoso, que jamás vieron, ni verán los siglos? la tragedia mas sangrienta, que llenó de horror hasta à los Cielos? la muerte mas terrible de un Principe el mas Soberano, que murió en una Cruz, porque vivieramos nosotros? Quáles son, pues, nuestros sentimientos, al vér esta representación prodigiosa en que nos vá tanto? Qué amor para tal fineza? Qué agradecimiento para tal beneficio? Qué pesar para tales agravios? Y qué lágrimas del corazón por tal muerte? Pero (¡oh, Dios!) que yo temo, que ni aun una memoria nos debe. ¿Quántos oyen Misa sin hacer ni una memoria de la muerte del Hijo de Dios, que la Misa nos representa? Ah, representación soberana, que no recabas de los corazones de los hombres, ni aun lo que de ellos recaba una Comedia! De un gran Representante llamado Polo, refiere Gelio, (*l. 7. c. 5.*) que habiendosele muerto un hijuelo, que él quería mucho, se le ofreció luego representar en Athenas una tragedia, salió haciendo el papel de uno, que llevaba los huesos de Orestes à su madre en una urna, y al hacerle el razonamiento, acordóse él de su propio hijo muerto: movido al dolor, las que havian de ser lágrimas fingidas, las derramó tan verdaderas, con tal afecto, que movió à lágrimas à todo el auditorio. Ah, con quanta mas razon nos moviera à nosotros à derramar rios de lágrimas este Divino Sacrificio, si avivando la Fé atenderamos, y

nos preguntáramos à nosotros mismos: Qué muerte es la que allí se nos representa? No es la del Hijo de Dios por mí? por mi salud? porque yo viva? porque yo me salve? Y por esto padeció de esta manera? Este pensamiento era el que à un S. Felipe Neri le hacía mojar los Corporales con tan abundantes lágrimas, que era menester mudarlos. Este pensamiento era el que à Santa Margarita, Reyna de Ungría, desde que alzaban la Hostia, la hacía prorrumpir en una lluvia continua de lágrimas. Este pensamiento era el que en innumerables Santos los hacía prorrumpir en afectos ternísimos, y en sentimientos amorosos. Y este es el pensamiento con que en la Misa quiere nuestra Vida Christo, que le correspondamos à tan indecible fineza. Un dia de S. Miguel, oyendo Misa la Beata Angela de Fulgino, (*Hautin. 380.*) le pidió al Sto. Archangel, que le representáse à su Señor en la Hostia, en aquella forma que el Eterno Padre quiere que le honremos. Oyóla el Achi-Serafin, y dixola: Vés aquí al Señor como lo pides. Y levantando los ojos, lo vió en la Hostia cubierto de llagas, y sangre, clavado en la Cruz. Así quiere su Magestad que lo atienda nuestra ternura: esta será la devocion en oír Misa mas agradable à sus ojos: tenerlo presente, con la consideracion en aquel Sacrificio, en que por nosotros derramó su Sangre en la Cruz.

Para hacernos, pues, mas clara esta soberana representación de su muerte, quiso el Señor quedarfenos debaxo de las dos distintas especies de Pan, y Vino. Pudiera dudar alguno así: Padre, si el intento amoroso de nuestro Dios era quedarse con nosotros, y dandosenos en manjar unirse tan íntimamente con nuestras almas; para todo esto no bastaba con ponerse debaxo de las especies de Pan? Pues para qué añadió también el ponerse debaxo de las especies de Vino? Linda pregunta. Respondo, que bastaria eso solo para el Sacramento, pero no para el Sacrificio, que nos quiso instituir nuestra Vida Christo. Porque habiendo de ser memoria, y representación de su muerte; si en ésta estuvo el Señor separada su Sangre de su Cuerpo, para representar esa separacion debaxo de las especies del Pan, por virtud de las palabras de la Consagracion se pone su Cuerpo; y debaxo de las especies de el Vino, por virtud de las palabras se pone su Sangre. Y así, aunque en una, y otra especie está realmente todo Christo; pero en la representación, lo que solo representa la Hostia, es su Cuerpo; y lo que representa el Caliz, es su Sangre; para que así en su Cuerpo, y en su Sangre separados veamos al vivo representada su muerte. Por eso, pues, la Consagracion en una, y otra especie son de esencia de este Divino Sacrificio, porque en esa separacion nos dexó el Señor expresada de su muerte la mas clara memoria. Así lo reconoce la Iglesia, que al punto que acabamos de consagrar en ambas especies, nos acuerda las palabras del Señor: *Hæc quotiescumque feceritis, in mei memoriam facietis.* (*Hautin. 313.*)

Eso

Eso le dió à entender su Magestad à la B. Isabel Sconaugiense, que oyendo Misa vió sobre el Caliz à nuestra Vida Christo Crucificado, y que corriendo de su cuerpo rios de sangre, todos se recibían en el Caliz, quedandose elevado su Santísimo Cuerpo. Esta memoria de la Pasion nos acuerdan tantas Cruces como hace el Sacerdote en la Misa, y tanto cuidado, no de la Iglesia sola, sino del Cielo, en que al decirse la Misa no falte la Cruz del Altar. Digalo el tan estupendo, como sabido prodigio de la Cruz de Caravaca.

Yá, Padre; pero esta misma memoria me ha excitado ahora una duda, que no me la he de llevar à mi casa, y es: Que si con morir en la Cruz nuestra Vida Christo, con solo aquel Sacrificio sangriento nos redimió de la culpa con una redencion inmensa; si fue de tan infinito mérito aquella muerte, que bastó sola para alcanzar de Dios el perdón de todos los pecados, no solo de todo este mundo, pero aunque huviera mil mundos de pecados: para qué se repite ahora incruento en la Misa aquel Sacrificio cruento de la Cruz? Antes de responder à esto, quiero yá hacer otra pregunta. ¿Si uno tuviera doscientos mil pesos de caudal, pero todos puestos en la Caja Real, dixéramos, que éste era rico? Sí, que tiene doscientos mil pesos. Añado: y si al ir à cobrar, ò del principal, ò del rédito, ni uno, ni otro cobrára en muchos años, ni un real solo, dixéramos, que éste era pobre? Sí, y con razon, pues moria de hambre. Luego la riqueza está en uno, y otro; en tener allí el dinero, y en cobrar à sus tiempos. Pues entendamos: La Pasion de nuestro Dios es la que nos juntó un thesoro inmenso; la Misa es la que nos lo reparte, y nos lo aplica: la Pasion es la caja en que está nuestra infinita riqueza; pero la Misa es la llave con que esa riqueza se nos participa: de modo (¡oh, si os quedára muy fixo en la memoria lo que voy à decir!) que decir, ò oír una Misa debidamente, es hacer que aquel Señor que murió por todos los hombres, como si volviera à morir por mí solo, ò por tí solo en particular, así me aplica à mí, ó te aplica à tí los méritos de su muerte. ¡Oh, mundo ciego, si conocieras esto! Oh, almas engañadas, y si esto ponderarais con las debidas atenciones de la Fé! ¿con qué ardores de el corazón buscarais la Misa? con qué devocion tan tierna la asistirais? con qué amor? con qué agradecimiento? Aquí tenéis la llave de todos los thesoros de Dios, lograd los frutos de su Sangre, que si con la debida disposicion venís à ella, aquí se os aplicará todo lo que os ganó en la Cruz.

Refiere nuestro Nicolás Serario, (*Lib. 5. Rerum*) que en Valdurna, Lugar corto de la Diocesi de Vissemburg en Alemania, celebrando cierto Sacerdote, y habiendo yá consagrado, sin saber cómo, se le boleó en los Corporales el Caliz, y derramando el Sanguis, formó al punto en el lienzo esta prodigiosa pintura. En el medio quedó pintado un Crucifixo con toda claridad, y ex-

pression, y luego à la redonda de todo él le formaban orla unas Veronicas, el Divino Rostro, digo, de nuestro Redentor, lleno de sangre, y coronado de espinas. Pasmado, y atonito à esta vista el Sacerdote, con no sé qué miedo, (llamémosla imprudencia) sin hablar palabra, levantando secretamente del mismo Altar una piedra, escondió allí estos Corporales, para que con el tiempo se pudrieran. Pasado muy largo tiempo, y habiendole llegado à aquel Sacerdote la enfermedad de la muerte, yá en sus últimos extremos, quando à juicio de los Médicos no podia dilatar la vida, aún se le dilataba en despedirse el alma, y ponderando todos su admiracion, él mismo huvo de hacer repáro: Mas si esto es por haver callado yo aquel prodigio? Llamó al punto, descubrió aquel suceso, declaró dónde se hallarian los Corporales, y espiró al punto. Acudieron al lugar señalado, y hallaronlos en la misma forma que he dicho; y habiendo hecho luego repetidos prodigios, llegó la noticia al Sumo Pontífice, entonces Eugenio IV. que el año de mil quatrocientos quarenta y cinco, con una Bula exortó à los Fieles à adornar con la debida magnificencia aquel Altar, donde ésta tan prodigiosa Reliquia se conserva, para mayor incentivo de nuestra tierna memoria. ¡Oh, y la tengamos siempre en el Soberano Sacrificio del Altar, donde gozamos los infinitos bienes, que nos ganó el Señor en el sangriento Sacrificio de la Cruz! logremos en el Altar estas riquezas inestimables, pero con el recuerdo siempre de que en la Cruz fue donde nos ganó el Señor todos esos thesoros de gracia.



## PLATICA XXV.

## DE LOS FRUTOS, Y PROVECHOS inestimables que tenemos en la Misa.

A 22. de Julio de 1691.

EN quatro poderosos rios repartía à la tierra toda el Paraíso quatro caudales de amenidad, como dando à entender, que estaba tan sobrado de delicias, que sin que le hicieran falta, las repetía con el Orbe todo en quatro copiosos raudales. Mejor dixera yo esto de el Paraíso; mejor, de el que teniendo la misma fuente de la Divinidad de que brotan los deleytes eternos, no nos previene solo aquel bocado que nos dá la vida, sino que reparte también à todo el mundo en quatro rios inmensos todas las riquezas del Cielo. Esos son siempre los inagotables frutos, que como impetuosos torrentes de la liberalidad de Dios, nos comunica el Santo Sacrificio de la Misa, porque todos esos quatro rios inmensos los hemos menester para pagarle à Dios nuestras deudas.

Qua-